

La mañana de los Reyes Godos

Juan Farias

Aquella mañana nos tocaba saber de memoria la lista de los Reyes Godos y a mí me parecía que eran mil o dos mil.

El Hermano José iba a contar las respuestas, a cada nombre un golpecito de lápiz contra sus nudillos, un ruido seco, de esqueleto, Ataúlfo, Sigerico, Valia, Teodoro, Turismundo... todos, uno a uno, nombre a nombre, en orden, con todo el respeto que se merece la Historia.

Historia con mayúscula, como Dios. La certeza de no saberme la lección y la idea de tener que copiar cien veces cada nombre me hacía sentir muy desdichado.

Y la mañana, que iba entrando en Lugo por la Puerta de Castelar, llegaba gris, a cielo corrido, fría y húmeda, de venir el viento carretera de Mondoñedo arriba. Mi amigo Bricio y don Ángel, que era su padre, estaban quitando los cierres de «La Mariposa», una tienda de telas.

Silbé muy fuerte, a sobresaltar los nervios de don Ángel.

—Se hace tarde —dijo Bricio al verme—. Tendremos que correr.

—¿Qué sabe usted del frente, don Ángel?

Me guiñó un ojo.

—¿Corremos? —preguntó Bricio—. ¿Echamos una carrera?

—Tú tienes prisa porque te sabes la lista.

—Te doy diez pasos de ventaja.

—¡Ves como te la sabes! ¡Eres un cerdo!

Y me calé el pasamontañas.

Piñeiro y a nos estaba esperando en la puerta de su casa.

—Mi madre no se quiso creer un dolor de barriga—dijo.

—¿Te duele de veras? —preguntó Bricio.

Piñeiro me dio un codazo.

—¿Es tonto o qué...?

—Se sabe la lista —dije—, se cree importante, ¿te das cuenta?

Piñeiro era un buen tipo, bajito, rápido. Tenía un hermano en la División Azul y eso sí merecía la pena, se podía presumir de algo así, coger una carta recién llegada de Rusia y enseñársela a los amigos y decirles: Es de mi hermano Felipe. La escribió a muchos grados bajo cero, a treinta o cuarenta grados bajo cero, sentado en una caja de granadas.

Los muchachos de la División Azul se sentaban en cajas de granadas, en cajas de cartuchos de máusers, en cajas de peines de ametralladora o sobre su propio casco, y escribían cartas, se acordaban de sus familias y tocaban la guitarra.

Piñeiro estaba de mal humor.

—Lo hice bien, muy bien, tanto que casi me duele de veras, pero ella dijo que me largase al colegio o me daría una bofetada —y se preguntó a sí mismo: —¿A lo mejor mi madre ya no me quiere?

Se nos había pegado Sabelo.

—No debes ser muy bueno falsificando dolores de barriga —dijo—. Apuesto a que no sabes ponerte pálido y devolver.

Era mejor no oírlo, ni verlo, no saber que venía detrás.

El padre de Sabelo tenía una fábrica de pan en la Calle del Conde. Era un mal tipo, y su hijo también, los dos muy vanidosos.

En cada portal aparecía un amigo, o un enemigo, brotaban por todas las bocacalles,

caras de todos los días, a formar grupos cada vez más numerosos, todos con pasamontañas y casi todos con zuecos de madera. El frío empezaba a doler en las orejas.

Sabelo comía un trozo de pan caliente.

—Huele —dijo por molestar—. El pan huele.

Sentí vergüenza al darme cuenta de que deseaba morder aquel pan caliente.

—¡Bricio se sabe la lista de los reyes godos! —dije—. ¡Estudió toda la noche para sabérsela!

—Está bien —admitió Bricio—, pero si ese puerco no me pregunta a mí primero, se me olvidan todos.

—Sí que es un puerco —dijo Piñeiro—. Cambió una estrella de seis puntas por una sotana. El Hermano José presumía de haber sido alférez provisional.

—¿Harías una cosa tan estúpida? —le pregunté a Piñeiro.

—Teudis, Teudiselo, Agila, Atanagildo, Leuva... Bricio repetía la lista en voz alta, contando con los dedos, a tragar saliva cada vez que conseguía recordar un nombre difícil.

—¿Atanagildo antes de Leuva o después de Pérez Tabernero?—preguntó Sabelo.

—¡Cállate! —gritó Bricio—. ¡Cállate! ¡Decirme eso es una cabronada!

—¿Desfilamos? —me pidió Piñeiro.

—De acuerdo —dije.

Dio unos pasos rápidos para volverse y ordenar:

—¡Compañía, de frente, marchen! Me quedé apoyado en el quicio de la puerta del Banco Hispano, cruzadas las piernas, los dedos enganchados en las correas de la cartera que era de mochila.

—¿Y por qué tienes que ser tú el que mande? —pregunté.

Entonces apareció el abogado Antón, como todas las mañanas, a la misma hora, puntual, en el mismo sitio, en mangas de camisa, zapatillas, pantalón corto, con una toalla al cuello, a trote gimnástico, respirando según la tabla sueca.

—¡Adiós, atleta! —saludó Piñeiro.

Al abogado Antón no le gustaban esas cosas y se volvió, enfadado, a darse de narices con Sabelo y pensó que había sido él quien había dicho aquello y le dijo:

—Eres un hijo de mala madre, niño.

Piñeiro empezó a reírse.

—¡Que yo no he sido! —protestó Sabelo.

El abogado Antón doblaba la esquina de la calle de Juan Montes.

—Es lo mismo —dijo Martín, uno de Ingreso A—. El ha insultado a tu madre y se escapa vivo.

—Ni siquiera le ha devuelto el insulto —dijo Piñeiro.

Sabelo corrió a la esquina, a gritar:

—¡Loco de mierda!

Empecé a marchar arrastrando los pies y lo hice con fuerza, a contagiar a muchos y llenar de temblores la Calle de la Reina.

—El abogado Antón es un desgraciado —dijo Sabelo gritando para hacerse oír—. ¿A que lo es?

Y le ofreció pan a Martín.

—Cuando lo veas, dale una pedrada —dijo Martín.

Y se comió el pan.

El ruido creció, hizo ecos, ya no venía del suelo sino de las fachadas, y del aire, rebotaba por las rejillas de las alcantarillas y todos los cristales empezaron a temblar.

—Viterico, Gundemaro, Sisebuto, Recaredo, Suintila... —Bricio gritaba los nombres de aquella interminable lista tratando de concentrarse en medio del ruido.

—¡Niños! —gritó un viejo desde una ventana.

El ruido cogió velocidad, en desbandada, y se abrió en dos direcciones, a escapar por la Calle San Pedro y la Plaza de España.

Los que escapamos por la Calle San Pedro fuimos a caer entre las filas del Rosario de la Aurora.

El Diablo a la oreja
te está diciendo,
deja Misa y Rosario,
sigue durmiendo.

El Rosario de la Aurora era una procesión de curas y mujeres piadosas que salía todas las mañanas, a las seis y media, a recorrer las calles rezando y cantando en voz alta. Lo escoltaban dos o tres guardias municipales por si alguien decía una impertinencia.

Piñeiro fue a ponerse en la fila, detrás de Gerónima, la sastra, a imitarle el paso y la voz:

Viva María,
viva el Rosario, v
viva Santo Domingo
que lo ha fundado.

Y cantando esto, el Rosario de la Aurora entró en la iglesia para arrodillarse, inclinar la cabeza y oír aquella misa de tantas indulgencias.

Olía levemente a churros recién hechos. El olor se había embarcado en el aire al pasar éste por encima de las churrerías de la Puerta de Santiago.

Por aquel olor supe que estaba cambiando el viento y que iba a llover.

Bricio caminaba delante de mí.

—Sisenando, Chintila, Tulga, Chindasvinto.

Y de una patada deshizo la lista en el aire.

—¿Para qué servirá saberse esta tira de bobadas?

—¡La Historia es la herencia que recibimos de nuestros mayores! —declamó Piñeiro desde lo alto de un buzón.

—Va a llover —dije al pasar por delante del buzón—. Apuéstate algo a que llueve.

Piñeiro saltó al suelo.

—Eso lo sabe cualquiera —dijo—. Huele a churros, ¿no?

Bricio se arrimó a Bernabé Brañobre:

—¿Te sabes la lista?

—No hace falta saberse la lista para ser buzo.

—También es cierto, hombre.

Bernabé Brañobre era pequeño, triste y cabezón.

—El otro día, en la cama, leí algo de buzos y pulpos gigantes —dije.

Ahora Piñeiro apareció colgando de las corvas en la rama de un magnolio, a preguntarme, su cara casi contra la mía:

—¿Te dejan leer en cama?

—A mí sí me dejan —dijo Sabelo.

—A ti nadie te ha preguntado nada —dije.

El abogado Antón apareció en sentido contrario al nuestro, a entrar en la Ciudad por la Puerta del Obispo Izquierdo. Había dado una vuelta enorme y no estaba cansado, sostenía el mismo tren, uno, dos, uno, como el que no quiere la cosa.

—¡Cornudo! —dijo Sabelo entre dientes.

—¡Más fuerte! —animé—. Esas cosas se dicen para que uno sienta alivio.

—¡Abogado! —gritó Piñeiro pasando de la rama al buzón—. ¡Abogado, le están llamando cornudo!

Al mismo tiempo sonaban las campanas de las ocho en el reloj del Ayuntamiento, y oímos los silbatos del Colegio llamándonos, y fue como el toque para la carga, y arrancamos, desbocados los caballos, al galope, y éramos más de cien niños, y al desembocar a la Ronda nos sumamos a los que venían de la Estación y de la parte del Río (Río con mayúscula que era Miño) y ya no éramos cien sino mil siete, y los más cobardes, al llegar a la puerta, se abrían paso a codazos, y los primeros de cada clase ya estaban formados, en posición de firmes, ocupando un sitio en la fila. El primero de mi clase era Antonio Pardo de Pubul. Estaba delante del Hermano José y decía, estoy seguro:

—Buenos días, hermano. ¿Descansó usted bien?

A principio de curso le daban la medalla de la Purísima, con cinta azul cielo, y ya no se la quitaban nunca. No solían preguntarle la lección y siempre le daban las mejores notas. Cuando lo llamaban era diciendo su nombre y los dos apellidos. Su padre tenía un coche enorme, propio y sin gasógeno.

El último de la clase era Bernabé. Su padre, por la mañana, escribía a máquina en las oficinas Pardo de Pubul, S. A. y, por la tarde, se dedicaba a fundir soldaditos de plomo, todos iguales, desfilando sin fusil porque su único molde estaba roto.

En el Seminario Diocesano también habían llamado a clase, pero allí con una campana de mano que sonaba en latín.

El Seminario estaba al lado del Colegio, separados los patios por un muro que, en primavera, se cubría de silbeiras y una flor pequeña, cuyo nombre no debe pronunciarse porque es de la mala suerte, dicen, de dar mal sueño a quien lo nombra.

Los seminaristas podían insultarnos por encima del muro, pero nosotros, estando en el Colegio, teníamos que callarnos porque quien insultaba a un hombre de sotana, aún cuando fuese un sacristán, caía en pecado mortal.

A Piñeiro esto le resultaba muy difícil de tragar porque uno de los seminaristas, el Ciroleiro, era hijo de su criada Antonia y, a lo mejor, de su tío Paco.

También los había de la inclusiva.

E fillos de cura.

Juan Farias

Los pequeños nazis del 43.

Salamanca: Lóñez, 1987, pp. 7-13